



La Leyenda
de los Cinco Anillos

El sendero de las flores

UN MISTERIO DE DAIDOJI SHIN

JOSH REYNOLDS

minotauro



EL SENDERO DE LAS FLORES

Un misterio de Daidoji Shin

JOSH REYNOLDS

minotauro

Título: *El sendero de las flores*

Copyright © 2023 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
La Leyenda de los Cinco Anillos y el logotipo de FFG son marcas comerciales de Asmodee Group o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2022 por Aconyte Books.

Título original: *The Flower Path*

Ilustración de la cubierta: Grant Griffin
Ilustrador del mapa de Rokugan: Francesca Baerald

Publicación de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
© 2023 Editorial Planeta, S. A., sobre la presente edición
Reservados todos los derechos

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez

ISBN: 978-84-450-1498-1
Depósito legal: B. 2439-2023
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO 1

Daidoji Shin

Daidoji Shin se terminó la taza de té con un suspiro de satisfacción.

—No hay nada más reconfortante tras una larga noche que una buena taza de té —dijo mientras se ajustaba las mangas de patrones complejos de su kimono para poder volver a llenarse la taza sin molestia.

—Y un té caro, además —murmuró su invitada, con la mirada clavada en el libro de contabilidad que tenía frente a ella—. Aguja de Plata, si no me equivoco.

Iuchi Konomi era una mujer apuesta; un hombre de la corte que Shin conocía la había descrito como alguien con quien cabalgar por las planicies, y Shin estaba más que de acuerdo. Tenía una vivacidad sorprendente, y, además, poseía una mente de lo más aguda. Por eso le gustaba pasar tiempo con ella.

Konomi era alta y musculosa bajo su túnica violeta; más alta incluso que él, y Shin no era bajo según los estándares del Clan de la Grulla. Estaba hecha para vivir a lomos de un caballo y para cabalgar hacia la batalla bajo los estandartes de cola de caballo del Clan del Unicornio. Shin, por su parte, era delgado, apuesto y de cabello blanco; la personificación de un Grulla de la corte con su túnica azul más elegante. O aquella era la impresión que quería dar. Al fin y al cabo, había ciertos estándares que debía mantener.

Estaban sentados juntos en el palco privado de Shin del recién reformado Teatro del Fuego Fatuo. En menos de dos horas, los

tambores sonarían y las puertas se abrirían ante el público por primera vez en más de un año.

Durante varias semanas todo un ejército de pajes del teatro había empapelado la Ciudad de la Rana Rica con anuncios sobre la primera representación bajo el nuevo liderazgo del teatro —*Los amantes suicidas de la Ciudad de las Murallas Verdes* de Chamizo—, y se esperaba que las localidades se agotaran.

—Ha dado en el blanco —dijo Shin, observando cómo hojeaba el libro de contabilidad—. El alto precio se debe al arduo método que se emplea para su cosecha, así como a la naturaleza limitada de lo que se cosecha en sí... —Se interrumpió a sí mismo al ver que la mujer no lo escuchaba, pues mantenía la mirada clavada en las cifras que tenía delante—. ¿Este es uno de mis libros de contabilidad?

—Sí —repuso Konomi sin alzar la mirada.

—¿Está revisando mis cuentas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por diversión —contestó Konomi, que cerró el libro y alzó la vista con una sonrisa—. Ha gastado una cantidad considerable de dinero. ¿Cómo no se le ha acabado ya?

—Buenas inversiones. ¿Se puede saber de dónde lo ha sacado?

Notó un pellizco de molestia, pero tuvo la precaución de no mostrarlo en su expresión. No le convenía hacer saber a Konomi que había logrado irritarlo. Además, tampoco era la primera vez que se había inmiscuido en sus registros, al menos en los que dejaba para que encontraran los demás. Le resultaba difícil tenerse en cuenta, pues, por mucho que ella pudiera ser una cotta empedernida, él también lo era.

—El señor Kenzō ha sido tan amable de prestármelo —dijo Konomi.

Como auditor del Concilio Comercial Daidoji, Kenzō era uno de los pocos que tenían la autoridad necesaria para supervisar las finanzas de Shin. También era un espía, enviado allí

para informar sobre cualquier actividad vergonzosa en la que Shin pudiera involucrarse.

El Daidoji había logrado distraer a Kenzō por un tiempo al darle rienda suelta sobre los libros de contabilidad del teatro, que estaban en un estado nada óptimo cuando él había adquirido el negocio. Sin embargo, las cuentas no lo habían mantenido ocupado durante demasiado tiempo, por lo que, una vez que las reparaciones se habían acercado a su fin, el auditor había vuelto a husmear por allí. Shin había empezado a temer que Kenzō planeara quedarse hasta que encontrara algo incriminatorio sobre lo que informar.

—Vaya, no suena a algo que haría él —dijo, alzando una ceja. Konomi se encogió de hombros.

—Debo admitir que ha sido necesario que lo convenciera un poco. —Hizo una pausa—. Puede que le haya dado la impresión de que vamos a prometernos.

Shin se quedó paralizado por la sorpresa.

—¿Cómo?

Konomi se echó a reír con alegría y se colocó a su lado; no demasiado cerca, pero sí más de lo que permitían los buenos modales. Ella, al igual que Shin, era de la opinión de que los límites existían para ponerlos a prueba, más que para respetarlos. Y él se percató de que no le molestaba. Konomi tenía algo que le hacía sentirse más cómodo.

—Ah, relájese, Shin. Ha sido una treta y nada más. Tenía curiosidad.

—Ni me imagino lo que va a contarle a mi abuelo ahora —dijo Shin, frotándose la frente. Tuvo el repentino deseo de tener algo de corteza de sauce a mano para masticar—. Las cartas, Konomi. ¿Acaso pensó en todas las cartas que voy a tener que escribir?

—Sí, eso fue parte de la diversión. —Dio un golpecito sobre el libro de contabilidad con el dedo—. De verdad no ha escatimado en nada para el teatro.

—Quería que todo saliera a la perfección —le concedió Shin, bastante complacido consigo mismo. No solía llevar ninguna tarea hasta su conclusión, y, cuando lo hacía, se sentía con derecho a disfrutar del brillo de un logro alcanzado.

Konomi abrió su abanico de golpe y lo meció con unos movimientos vagos.

—Debería estar orgulloso.

—Y lo estoy.

Shin miró en derredor. Al igual que los demás palcos que rodeaban el nivel superior del teatro, el suyo se había decorado con mucha elegancia, a base de cojines y cortinas del azul más oscuro, además de con tapices seleccionados específicamente por su belleza inocua. Los tablones de madera que hacían las veces de techo se habían tallado con escenas de las mejores obras de teatro del último siglo.

Cada palco estaba dividido en dos partes con una pared de papel. La parte exterior era un vestíbulo pequeño con taburetes para los sirvientes y los guardaespaldas, mientras que la interior estaba pensada para el propietario del palco y sus invitados. Cinco personas cabían con comodidad en cada palco. Había unas delgadas cortinas de privacidad que podían correrse para ocultar a aquellos que estaban en el palco de los ojos del resto del auditorio. Cuando no se usaban, las cortinas quedaban apartadas mediante unas cuerdas de seda.

—No parece orgulloso.

—¿No?

—No.

Shin la miró.

—¿Y qué es lo que parezco?

Sin soltar palabra, Konomi señaló hacia su copa con el abanico. Shin se la llenó, y solo entonces ella contestó.

—Frustrado. Cansado. A punto de estallar.

—Puede ser, sí —protestó Shin, un poco nervioso por la facilidad con la que ella había sido capaz de ver a través de su

máscara de comentarios educados. Al buscar algo que hacer con las manos, abrió su abanico de bordes metálicos y lo agitó con debilidad para mover el aire.

Había descubierto que dirigir un teatro era como librar una guerra contra un enemigo implacable. Cientos de detalles exasperantes lo afligían como las picaduras de insectos, y, cada vez que dejaba uno a un lado, dos más aparecían para ocupar su lugar. Demasiados problemas y muy poco tiempo para solucionar alguno de ellos.

No obstante, a pesar de las dificultades, el teatro se había alzado de sus cenizas como el ave fénix gracias a él... y a una cantidad de dinero de lo más exorbitante. Había contratado a los mejores arquitectos y obreros que el dinero podía pagar, y, al tratarse del representante de comercio del Clan de la Grulla en la Ciudad de la Rana Rica, había contado con todos los contactos necesarios con tal de conseguir los materiales que requerían para cumplir sus tareas.

El nuevo teatro ya casi no se parecía al anterior, algo que él consideraba una bendición. Cuando se produjo el incendio, el lugar había sido poco más que un local desvencijado de un callejón trasero. El paso de los años y el abandono habían desgastado toda su elegancia, pero el nuevo edificio tenía encanto a raudales.

Konomi lo miró a los ojos.

—Parece cansado, Shin.

—Ha sido una noche un poco estresante.

—Varias noches, diría yo.

Aunque Shin hizo ademán de protestar de nuevo, en su lugar, soltó un suspiro.

—No se creería la semana que he tenido, Konomi. Ha sido un desastre tras otro.

—Se lo advertí —murmuró ella—. Aun así, ha valido la pena, ¿no cree?

—Eso está por verse.

—Creo que está nervioso. —Ya había pasado a burlarse de él.

—Soy un Daidoji; no nos ponemos nerviosos.

—Y no debería estarlo —dijo Konomi con una sonrisa traviesa—. No es como si todas las personas de renombre fueran a asistir a la representación o fueran a enviar a alguien para que asista en su lugar. El Clan del León, el del Unicornio, el de la Libélula e incluso el del Escorpión, por extraño que parezca. Nadie puede dejar de hablar sobre la obra de teatro. —Hizo un gesto con su abanico como si quisiera señalar a toda la ciudad.

—Seguramente esperen que sea un fracaso estrepitoso —comentó Shin con amargura.

Había invitado a representantes de todos los grandes clanes que tuvieran un interés en la ciudad, además de al gobernador imperial. Si bien no esperaba que todos asistieran, alquilar un palco era una manera educada de expresar interés o desear buena suerte a alguien en sus menesteres. Sin embargo, algunos sí vendrían, y el gentío que conformaba la mayor parte del público los vería. Era a ellos a quien esperaba impresionar, pues serían los que asistirían al local semana tras semana y determinarían el éxito o el fracaso del nuevo Teatro del Fuego Fatuo.

Konomi soltó un resoplido, un sonido nada apropiado para una dama.

—No sea tan pesimista. Estos días tiene más amigos que enemigos en la ciudad.

—Entonces ¿dónde están?

—Bueno, yo estoy aquí —repuso ella, con intención.

Shin hizo una pausa y se relajó, aunque fuera solo un poco.

—Sí, y tiene mi agradecimiento por ello. —La miró—. No sé qué habría hecho sin usted, Konomi. Su apoyo ha sido inestimable durante estas últimas semanas.

—No ha sido nada, Shin. —Se quedó callada durante unos momentos—. Si le soy sincera, no me lo habría perdido por nada en el mundo. —Le dedicó otra sonrisa malvada—. Va a ser un desastre descomunal.

Shin la fulminó con la mirada y ella soltó una carcajada ronca.

—Es broma —le dijo, apoyando una mano en su antebrazo—. Todo irá bien. Entre los Unicornios es bien conocido que las Fortunas favorecen a los osados, Daidoji Shin, y sé que eso es lo que es usted.

—Espero que tenga razón —murmuró Shin, y le dio unas palmaditas torpes en la mano—. Creo que se me ha olvidado qué es apostar con algo en juego de verdad. Solo que esto..., esto puede que sea la mayor apuesta que haya intentado nunca.

—¿Mayor que desatar intrigas políticas y conspiraciones criminales?

Shin dudó antes de asentir.

—Sí, porque esta vez es mi cabeza la que está en la guillotina. —Soltó un suspiro—. Pero bueno, a veces hay que cargar contra el enemigo y esperar que ocurra lo mejor. No es un punto de vista demasiado Daidoji, pero ahí lo tiene —dijo.

—Como hija de los Unicornios, estoy muy de acuerdo —se rio Konomi antes de dar otro golpecito al libro de contabilidad—. Aunque déjeme decirle algo: el señor Kenzō no es alguien a quien deba tomarse a la ligera, se imagine lo que se imagine.

—Le he dedicado tanta consideración como merece, se lo aseguro.

—No creo que lo haya hecho, no. Es muy astuto. Más de lo que deja ver.

Shin esbozó una sonrisa.

—Es un auditor Daidoji, claro que es astuto. Si no, no nos serviría de nada.

—Se lo digo en serio, Shin. Kenzō ha estudiado sus cuentas tal y como un samurái estudia las defensas de su oponente. Está buscando algún punto débil. Es por ello que he pedido prestado el libro; quería comprobar si había algo que pudiera llamarle la atención.

—¿A qué se debe esta preocupación tan repentina? —le preguntó Shin, mirándola.

—No quiero que un hombrecillo tan insignificante se aproveche de usted. —Konomi dio otro golpecito más con el dedo al libro—. El dinero es poder, Shin. Puede comprar todo lo que uno necesita.

—No todo.

—Todo lo que merece la pena tener. El dinero es libertad, incluso para personas como nosotros. Si se aporta el dinero suficiente, incluso el mismísimo emperador haría caso.

Shin la observó con atención.

—¿Y qué le diría, mi dama Konomi? ¿Qué palabras sabias tiene para nuestro querido potentado?

—¿Se está burlando de mí, Shin?

—Solo un poquitito.

Un alboroto repentino en el exterior interrumpió la respuesta de Konomi, por lo que esta frunció el ceño y se dio media vuelta.

—No suena nada bien.

—Bueno, estoy seguro de que será malo para alguien. He dejado instrucciones expresas de que nadie debía molestarnos. —Shin se puso de pie con elegancia y se apresuró a llegar a la puerta corredera que separaba el palco de su vestíbulo. Konomi lo imitó y lo siguió, todavía bebiendo sorbos de su té.

Su sirviente, Kitano, lo estaba esperando en el vestíbulo.

—Mi señor, parece que tenemos un invitado —le explicó, inseguro. Era un hombre de mediana edad y aspecto zarrapastroso, a pesar de la calidad de su túnica, pues Shin se aseguraba de que sus sirvientes siempre contarán con las mejores prendas. El sirviente se rascó la barbilla con un dedo prostético mientras hablaba—. El maestro Odoma.

—Ah, me estaba preguntando cuándo atacaría esa víbora en particular. —Shin sacó su abanico y se dio un golpe en la palma de la mano con él—. Evidentemente, ha escogido hacerlo hoy.

—¿Y quién es la víbora en cuestión? —preguntó Konomi, antes de dar otro sorbo a su té.

—Un incordio persistente —explicó Shin mientras Kitano les abría la puerta que conducía al pasillo. Shin salió y se encontró con un alboroto en marcha. Tal y como Kitano le había advertido, Odoma estaba allí, acompañado como siempre por sus dos guardaespaldas. Ambos eran hombres de aspecto desaliñado, con mangas de bordes desgastados y barbas desarregladas que cubrían sus mejillas y su barbilla. Si bien ambos iban armados, tenían las manos lejos de sus armas.

Aquello se debía, en gran medida, al hecho de que a quien tenían delante era a la guardaespaldas de Shin, Hiramori Kasami, que los observaba con atención, aunque sin nada de nervios que pudieran apreciarse. Por una vez, no iba ataviada en su armadura, sino que vestía un kimono sencillo teñido con los colores del clan, pese a que, al igual que los hombres de Odoma, tenía una espada. Por mucho que los dos hombres le sacaran una cabeza, Shin sabía por quién apostar si se desataba una pelea.

Hija de las marismas Uebe, Kasami había nacido en una familia vasalla, aunque en aquellos momentos servía directamente a los Daidoji, y sus habilidades se habían afilado hasta ser letales. Estaba claro que los hombres de Odoma reconocían dicho hecho, pues la observaban como un ave observa a una serpiente, y parecieron más que aliviados cuando Odoma les pidió que retrocedieran.

—Por fin —soltó el mercader, que era bajo y rechoncho y con la cabeza redondeada, que brillaba bajo la luz de las linternas de papel desperdigadas por todo el teatro.

—Nos estamos portando bien, espero —dijo Shin, sin hacer caso a Odoma.

Kasami soltó un gruñido sin decir nada ni apartar la mirada de los hombres de Odoma. El guardaespaldas de Konomi, un samurái larguirucho llamado Hachi, estaba de pie, tieso como un palo, contra la pared, con los brazos cruzados por delante y la insignia de los Iuchi expuesta con orgullo en el pecho de su kimono.

—Todavía no los ha matado —comentó el guardaespaldas, con un amistoso ademán de cabeza hacia Shin.

—Menos mal, Hachi —le contestó Shin. El samurái se sonrojó un poco, complacido de que Shin se hubiera acordado de su nombre. El Daidoji abrió el abanico y dedicó su atención al visitante—. Bueno, maestro Odoma. ¿Qué puedo hacer por ti en este día tan agradable?

Odoma mostró los dientes en una sonrisa de lo más desagradable.

—Bueno, para empezar, podría devolverme mi dichoso teatro.